

MAGNIFICAT «ESPECIAL ESPERANZA»

DEBILIDAD Y POTENCIA DE DIOS

El sufrimiento, en efecto, es siempre *una prueba* – a veces una prueba bastante dura –, a la que es sometida la humanidad.

Quienes participan en los sufrimientos de Cristo tienen ante los ojos el misterio pascual de la cruz y de la resurrección, en la que Cristo desciende, en una primera fase, hasta el extremo de la debilidad y de la impotencia humana; en efecto, él muere clavado en la cruz. Pero si al mismo tiempo en esta *debilidad* se cumple su *elevación*, confirmada con la fuerza de la resurrección, esto significa que las debilidades de todos los sufrimientos humanos pueden ser penetradas por la misma fuerza de Dios, que se ha manifestado en la cruz de Cristo. En esta concepción, *sufrir* significa hacerse particularmente *receptivos*, particularmente *abiertos a la acción de la fuerza salvífica de Dios*, ofrecida a la humanidad en Cristo. En él, Dios ha demostrado querer actuar especialmente por medio del sufrimiento, que es la debilidad y la expoliación del hombre, y querer precisamente manifestar su fuerza en esta debilidad y en esta expoliación. Con esto se puede explicar también la recomendación de la primera carta de Pedro: «Mas si por cristiano padece, no se avergüence, antes glorifique a Dios en este nombre» (1 Pe 4,16).

SAN JUAN PABLO II

Orar ahora y en la hora de nuestra muerte

PRESENTACIÓN

Cuando la enfermedad, el sufrimiento, la extrema ancianidad y la muerte acaban de afectar a nuestros seres queridos, estamos destruidos, desamparados, desgarrados hasta lo más profundo de nuestro ser. La prueba más temible de la vida nos conmueve hasta lo íntimo y cambia en profundidad nuestra relación con los demás, con la vida y con Dios.

En estos momentos, no tenemos a veces las palabras para expresar nuestro dolor, nuestro sufrimiento, nuestra incomprensión, e incluso nuestra rebelión. Una herida se abre, que parece incurable, un vacío interior nos embarga, el cansancio de las vigias y la preocupación resurge, sumergiéndolo todo.

En la noche de la duda, a veces de desesperación, buscamos un rayo de luz, una palabra que sea un apaciguamiento, una consolación, una fuente de esperanza, ya que la muerte corporal no es solo una cuestión biológica, como nuestro mundo quiere ver a veces. Es una experiencia espiritual para quien la cruza y para quienes lo acompañan en este tránsito, pero que se quedan a este lado de la vida.

La fe cristiana viene en ayuda de nuestra dificultad o de nuestra incapacidad, para encontrar en nosotros mismos respuestas satisfactorias. La fe nos permite afirmar nuestra esperanza, recurriendo a las palabras de Cristo: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,25), pero también porque creemos que si «hemos muerto con él [Cristo], con él viviremos (2 Tim 2,11). Así, en el corazón de la angustia legítima se descubre una luz, casi imperceptible pero muy real, la de la mañana de Pascua. Esta es la luz que buscan los creyentes, e incluso aquellos que, aunque alejados de la fe, piden ser sostenidos por la oración cuyas palabras ignoran, pero cuya fuerza de pacificación perciben. Para ayudarte a superar esta prueba, hemos preparado para ti este breve Especial de esperanza. La oración es el corazón, porque solo ella fortalece la fe y la esperanza, y da cuerpo a la caridad más natural: permanecer hasta el final con aquel o aquella que se va.

Deseamos que este acompañamiento os sea útil para sostener en vosotros la esperanza y hacerla visible a quienes os rodean. Que os ayude a orar con María y en la comunión de los santos ¡ahora y en la hora de la muerte!

Orar junto a las personas al final de la vida

Cualquiera que sean las circunstancias, ir a rezar junto a una persona en sus últimos días de vida requiere una atención especial a sus necesidades, a sus capacidades, a sus expectativas humanas y espirituales. Pero también al vínculo que nos une, al sufrimiento que nos invade de cara a su partida, a nuestros miedos de no estar a la altura de las circunstancias, a la conmoción vital que se perfila, etc.

La suavidad y la atención mostradas hacia el otro y hacia uno mismo darán a la oración su densidad de amor y de esperanza.

Oraciones sencillas

Cada uno actuará respetando el estado de debilidad de la persona, su capacidad de rezar en voz alta o simplemente de unirse con una respuesta y a veces con el silencio.

En las páginas siguientes encontrarás oraciones sencillas que pueden acompañar de manera pacífica este momento en que la vida se debilita.

Padre nuestro

Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre
venga a nosotros tu reino,
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día.
Perdona por nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden.
No nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.
Amén.

Avemaría

Dios te salve María, llena eres de gracia
el Señor es contigo;
bendita tú eres entre todas las mujeres,
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.
Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora
de nuestra muerte. Amén.

Bendita sea tu pureza

Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.
A ti, celestial Princesa,
Virgen sagrada, María,
te ofrezco en este día,
alma vida y corazón.
Mírame con compasión,
no me dejes Madre mía.

Bajo tu amparo

Bajo tu amparo nos acogemos,
santa Madre de Dios;
no desoigas las súplicas
que te dirigimos
en nuestras necesidades;
antes bien,
líbranos de todo peligro,
¡oh Virgen gloriosa y bendita!
Amén.

Invocación

Corazón inmaculado de María,
refugio de los pecadores,
madre del buen consejo,
ven en nuestra ayuda.

Acordaos

Acordaos,
¡oh piadosísima Virgen María!,
que jamás se ha oído decir
que ninguno de los que han acudido
a tu protección,
implorando tu auxilio,
haya sido desamparado.
Animado por esta confianza,
a ti también acudo,
Madre, Virgen de las vírgenes,
y gimiendo bajo el peso de mis pecados
me atrevo a comparecer
ante tu presencia.
Madre de Dios,
no deseches mis súplicas,
antes bien, escúchalas
y acógelas benignamente.
Amén.

Oración de abandono

Beato Carlos de Foucauld

Padre, me pongo en tus manos,
haz de mí lo que quieras,
sea lo que sea, te doy las gracias.
Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad se cumpla en
mí,
y en todas tus criaturas.
No deseo nada más, Padre.
Te confío mi alma,
te la doy con todo el amor
de que soy capaz,
porque te amo.
Y necesito darme,
ponerme en tus manos sin medida,
con una infinita confianza,
porque tú eres mi Padre.

Solo el día de hoy

Santa Teresa del Niño Jesús

Mi vida es un instante, una efímera hora,
momento que se evade y que huye veloz.
Para amarte, Dios mío, en esta pobre tierra
no tengo más que un día:
¡solo el día de hoy!

Si pienso en el mañana, me asusta mi
inconstancia,
siento nacer tristeza, tedio en mi corazón.
Pero acepto la prueba, acepto el
sufrimiento
¡nada más que por hoy!

¡Oh Capitán divino, cuya mano me guía!,
en la ribera eterna pronto te veré yo.
Por el mar borrascoso gobierna en paz mi
barca
¡nada más que por hoy!

¡Virgen inmaculada, oh tú, la dulce
Estrella
que irradias a Jesús y obras con él mi
unión!,
deja que yo me esconda bajo tu velo,
Madre,
¡nada más que por hoy!

¡Oh ángel de mi guarda, cúbreme con tus
alas,
que iluminen tus fuegos mi peregrinación!
Ven y guía mis pasos, ayúdame, ángel
mío,
¡nada más que por hoy!

Salmo 22

*Si es posible, se puede invitar a la persona a
repetir el estribillo en este y en los siguientes
salmos:*

R/ El Señor es mi pastor, nada me falta.

El Señor es mi pastor,
nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas. *R/*

Me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan. *R/*

Preparas una mesa ante mí
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa. *R/*

Tu bondad y tu misericordia me
acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término. *R/*

Salmo 30

R/ A tus manos encomiendo mi espíritu.

A ti, Señor, me acojo:
no quede yo nunca defraudado;
tú, que eres justo, ponme a salvo,
inclina tu oído hacia mí; *R/*

ven aprisa a librarme,
sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte; *R/*

por tu nombre dirígeme y guíame:
sácame de la red que me han tendido,
porque tú eres mi amparo. *R/*

A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás;
tú aborreces a los que veneran ídolos
inertes,
pero yo confío en el Señor;
tu misericordia sea mi gozo y mi alegría.
R/

Te has fijado en mi aflicción,
velas por mi vida en peligro;
no me has entregado en manos del
enemigo,
has puesto mis pies en un camino ancho.

Salmo 4

R/ Tú, Señor, me haces vivir tranquilo.

Escúchame cuando te invoco, Dios
defensor mío,
tú que en el aprieto me diste anchura,
ten piedad de mí y escucha mi oración. *R/*

Y vosotros, ¿hasta cuándo ultrajaréis mi
honor,
amaréis la falsedad y buscaréis el engaño?
Sabedlo: el Señor hizo milagros en mi favor,
y el Señor me escuchará cuando lo invoque.
R/

Temblad y no pequéis,
reflexionad en el silencio de vuestro lecho;

ofreced sacrificios legítimos
y confiad en el Señor. *R/*

Hay muchos que dicen: «¿Quién nos
hará ver la dicha,
si la luz de tu rostro ha huido de
nosotros?»
Pero tú, Señor, has puesto en mi corazón
más alegría
que si abundara en trigo y en vino. *R/*

En paz me acuesto y enseguida me
duermo,
porque tú solo, Señor, me haces vivir
tranquilo. *R/*

El rosario

El rosario es una oración muy adecuada para rezar con las personas al final de la vida o simplemente junto a ellas. Nos proponemos meditar los misterios dolorosos.

Si la persona está demasiado débil para signarse, se puede trazar sobre su frente o en su mano el signo de la cruz.

1^{er} misterio: La agonía del Señor en Gestemání

Al llegar al sitio, les dijo: «Orad, para no caer en tentación». Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba. En medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre. Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la tristeza, y les dijo: «¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en tentación».

Lc 22,40-46

En la debilidad de su carne, Jesús es tentado a rebelarse contra la voluntad del Padre. Es un momento especialmente angustioso. Jesús, plenamente hombre, debe luchar para no renunciar a su misión. Debe luchar para seguir siendo ese Hijo que se entrega totalmente a la voluntad amorosa del Padre. Recemos por N., para que acoja la voluntad del Padre.

Padre nuestro...

2º misterio: La flagelación

Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Mt 27,26

Jesús deja que le flagelen. Este misterio nos enseña, no la negación del cuerpo que había que flagelar para forzarlo, sino el dominio de ese cuerpo hecho para servir al designio de Dios: «Tú me has formado un cuerpo» para hacer tu voluntad. Ofrecemos este misterio por N., que se deje ayudar por los cuidadores y abandone a ellos su cuerpo.

Padre nuestro...

3er misterio: La coronación de espinas

Y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha.

Mt 27,29a

Los soldados se inclinan ante el rey que han coronado de espinas. No reconocen, bajo los rasgos del hombre escarnecido, el rostro del Amado del Padre. No saben que el Rey burlado es el Rey del mundo, el Rey afectuoso que los deja hacer. Recemos por N. y por todos aquellos que sufren por no reconocerlo como su Señor.

Padre nuestro...

4º misterio: Cristo carga con la cruz

Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice *Gólgota*).

Jn 19,16b-17

El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo lleva sobre sus hombros destrozados la pesada carga de nuestros pecados. El Verbo de Dios avanza en silencio. La Palabra que ha creado todo calla ante el flujo de palabras vanas y orgullosas. Ofrecemos este misterio por N., que ahora guarda silencio.

Padre nuestro...

5º misterio: La muerte del Señor en la cruz

A la hora nona, Jesús gritó con voz potente: *Elí, Elí, lemá sabaqtaní* (es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»). Al oírlo algunos de los que estaban allí dijeron: «Está llamando a Elías». Enseguida uno de ellos fue corriendo, cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían: «Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo». Jesús, gritando de nuevo con voz potente, exhaló el espíritu.

Mt 27,46-50

La cruz era el suplicio destinado prioritariamente a los esclavos. Jesús, el Señor y el Maestro, no ha rehuído asumir la condición de esclavo. Nos mostraba el camino de la obediencia y del amor que va hasta el final para que nosotros recibamos la Vida. Con fe, oremos por N., cuya vida está en las manos de Dios.

Padre nuestro...

Oración inspirada en la liturgia de las Horas

Algunos tendrán la necesidad de unirse a la oración de la Iglesia a través de una oración adaptada a las circunstancias.

Señor, ábreme los labios.
Y mi boca proclamará tu alabanza.

O bien:

Dios mío, ven en mi auxilio.
Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo,
al Dios que es, que era y que viene
por los siglos de los siglos. Amén. (Aleluya).

Himno

Fernando Menéndez Aguirre

Según la fatiga de la persona a la que acompañamos podremos tomar una sola de las estrofas. Cada uno juzgará si es oportuno cantar o simplemente recitar el himno.

Dame, Señor, la fe en todo momento,
que conforte mi vida vacilante,
que, en mi actuar, me sepa hacer constante,
que sea la luz de todo pensamiento.

Dame, Señor, la actitud oportuna,
para estar siempre justo en tu camino,
consciente de que tu Amor es mi destino
y que no admite desviación alguna.

Dóname la esperanza que consuela
en las vicisitudes de esta vida,
y sepa siempre hallar la paz que anhela
toda criatura humana dolorida.

Quiero, Señor, seguir firme tu estela,
sabiendo que tu Amor es quien nos cuida.

Gloria al Padre, y al Hijo,
y al Espíritu Santo. Amén.

Salmo 120

Si es posible, se puede invitar a la persona a repetir el estribillo:

R/ El auxilio me viene del Señor.

Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?
El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra. *R/*

No permitirá que resbale tu pie,
tu guardián no duerme;
no duerme ni reposa
el guardián de Israel. *R/*

El Señor te guarda a su sombra,
está a tu derecha;
de día el sol no te hará daño,
ni la luna de noche. *R/*

El Señor te guarda de todo mal,
él guarda tu alma;
el Señor guarda tus entradas y salidas,
ahora y por siempre. *R/*

Palabra de Dios

1 Tesalonicenses 5,23-24

Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo, se mantenga sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. El que os llama es fiel, y él lo realizará.

O bien:

Palabra de Dios

Juan 14,1-4

No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino».

Intercesiones

Muestra tu bondad,
– perdónanos, Señor.

Muestra tu benevolencia,
– atiéndenos, Señor.

De todo pecado y de todo mal,
– líbranos, Señor.

De las asechanzas del enemigo,
– líbranos, Señor.

De la injusticia y el odio,
– líbranos, Señor.

Del juicio de tu ira,
– líbranos, Señor.

De la muerte eterna,
– líbranos, Señor.

Intenciones libres

Padre nuestro

Que nuestra oración llegue hasta a ti,
Padre santo, Dios eterno y todopoderoso;
que descienda sobre nosotros tu bendición,
para que, con tu ayuda, ahora y por siempre,
seamos salvados.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Letanías de san José

El pueblo cristiano, basándose en la dicha de José de haber muerto en los brazos de Jesús y de María, lo ha considerado siempre como abogado y protector de los agonizantes. Y así lo ha corroborado la Iglesia con su autoridad. El papa Benedicto XV, el 25 de julio de 1920, escribió: «Como es singular protector de los moribundos, pues a su muerte estuvieron presentes el mismo Jesús y María, fomenten aquellas asociaciones piadosas, que fueron fundadas para orar a san José por los moribundos». El papa Pío XI, en las letanías de san José, aprobadas el 21 de marzo de 1935, dice: «Patrono de los moribundos, ruega por nosotros». En el *Catecismo de la Iglesia católica* se nos aconseja: «Pedir a la Madre de Dios que interceda por nosotros en la hora de nuestra muerte y confiarnos a san José, patrono de la buena muerte» (CEC 1014).

Señor, ten misericordia de nosotros

Cristo, ten misericordia de nosotros.

Señor, ten misericordia de nosotros.

Cristo óyenos.

Cristo escúchanos.

Dios Padre celestial, ten misericordia de nosotros.

Dios Hijo, Redentor del mundo, ten misericordia de nosotros.

Dios Espíritu Santo, ten misericordia de nosotros.

Santa Trinidad, un solo Dios, ten misericordia de nosotros.

Santa María, ruega por nosotros.

San José, ruega por nosotros.

San José, ilustre descendiente de David, ruega por nosotros.

San José, luz de los patriarcas, ruega por nosotros.

San José, esposo de la Madre de Dios, ruega por nosotros.

San José, custodio purísimo de la Virgen, ruega por nosotros.

San José, padre nutricio del Hijo de Dios, ruega por nosotros.

San José, diligente defensor de Cristo, ruega por nosotros.

San José, jefe de la Sagrada Familia, ruega por nosotros.

José justo, ruega por nosotros.

José casto, ruega por nosotros.

José fuerte, ruega por nosotros.

José obediente, ruega por nosotros.

José fiel, ruega por nosotros.

San José, espejo de paciencia, ruega por nosotros.

San José, amante de la pobreza, ruega por nosotros.

San José, modelo de obreros, ruega por nosotros.

San José, gloria de la vida doméstica, ruega por nosotros.

San José, custodio de vírgenes, ruega por nosotros.

San José, sostén de las familias, ruega por nosotros.

San José, consuelo de los desdichados, ruega por nosotros.

San José, esperanza de los enfermos, ruega por nosotros.

San José, patrono de los moribundos, ruega por nosotros.

San José, terror de los demonios, ruega por nosotros.

San José, protector de la santa Iglesia, ruega por nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: escúchanos, Señor,

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: ten misericordia de nosotros.

V/ Le estableció señor de su casa.

R/ Y jefe de toda su hacienda.

Oremos

¡Oh Santo protector, glorioso san José, que, estando en el lecho de tu dulce tránsito, te vistes rodeado de ángeles y asistido de su Rey, Cristo Jesús, y de su Reina, la Santísima Virgen María, esposa tuya, y que con esta amable compañía saliste en una paz celestial de esta vida! Alcánzame la gracia de perseverar en el bien hasta que muera reclinado en tus brazos. Sí, Santo mío, por aquella dulce

compañía que Jesús y María te hicieron hasta la hora de tu muerte, protégeme en la mía hasta que me vea contigo en el cielo. Compadécete también de las pobres almas del Purgatorio que invocan tu gracia y poder para con ellas; ampáralas y llévalas pronto a tu gloria, para que, unidas con la mía, glorifiquemos tu santo nombre con el de Jesús y María por todos los siglos. Amén.

VISÍTAME, SEÑOR

Si la duda me asalta,
ilumíname, Señor.
Si la proximidad de la muerte me angustia,
apacíguame, Señor.
Si la enfermedad pone a prueba mi cuerpo,
 fortaléceme, Señor.
Si la soledad entristece mi corazón,
visítame, Señor.
Si la muerte me sorprende de repente,
o se acerca poco a poco en lenta agonía,
no me dejes, Señor.

Acepta la ofrenda de los años
que aún me quedan por vivir.
Transfórmalos en un último canto de amor...
y en humilde oración.
Y que la luminosa esperanza de la resurrección
ilumine hasta el último aliento de este pobre corazón
que tú creaste para tu eternidad, Señor.

MICHEL HUBAUT

Orar los sacramentos. Acoger hoy la vida del Cristo de la Pascua (Sal Terrae, Santander 1996) 156.

Acompañar los últimos instantes

El paso hacia la vida eterna requiere un abandono que crea resistencia y a menudo un combate espiritual, sea consciente o no. Es bueno, cuando nos encontramos junto a una persona que vive este tiempo único y muy particular, ayudarla con nuestra oración. A veces, solo podrá ser una presencia silenciosa como la de María al pie de la cruz.

En la comunión de los santos, sabemos que no estamos solos, y también que podemos apoyarnos en la oración de los santos para encomendar a nuestro ser querido a Dios para que lo acoja.

Afirmaciones de la fe

Sea o no consciente la persona que está al final de la vida, las afirmaciones siguientes pueden ayudarla, y ayudarnos, a mantener la esperanza.

- En nuestra vida, como en nuestra muerte, pertenecemos al Señor (Rom 14,8).
- Nada podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo (Rom 8,39).
- Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna (Jn 6,68).
- El que ve el Hijo y cree en él tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día (Jn 6,40).
- Esa es la promesa que Cristo mismo nos ha hecho: la vida eterna (1 Jn 2,25).

Recomendación de los moribundos

Sal, alma cristiana de este mundo
en el nombre de Dios Padre omnipotente, que te creó;
en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por ti padeció;
en el nombre del Espíritu Santo, que hizo su morada en ti por la gracia del
bautismo;
Que hoy vivas en la paz, y tu morada esté junto a Dios
en la Iglesia del cielo,
con la gloriosa y santa Virgen María, Madre de Dios;
con san José, Esposo de la Virgen;
con san (santa), **N.**,
con todos los ángeles y santos de Dios:
Por Cristo nuestro Señor.
R/ Amén.

O bien:

Te encomendamos, Señor, a tu siervo/-a **N.**, y te pedimos:

Salvador del mundo,
recíbelo con bondad en la alegría de tu reino,
tú que lo has rescatado viniendo a este mundo.

No mires sus pecados,
sino la fe que le animaba durante su vida,
ya que ha creído en ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo,
como creemos nosotros en ti, que vives por los siglos de los siglos.
R/ Amén.

También se puede interceder por la persona que nos abandona, o acaba de abandonarnos.

Venid, santos del cielo, venid en su ayuda, id su encuentro, ángeles del Señor.

R/ Venid a acoger el alma de N. y presentarla ante el rostro del Dios Altísimo.

Jesucristo mismo te ha llamado, que él te acoja junto a sí y que los ángeles te introduzcan en las moradas del cielo.

R/ Venid a acoger...

Dale, Señor, la eterna felicidad del cielo y que brille en sus ojos la luz sin ocaso.

R/ Venid a acoger...

Oremos

Señor Dios nuestro, te confiamos a nuestro hermano/hermana **N.**, que acaba de abandonar este mundo, que viva ahora junto a ti y, si llegó a pecar por debilidad humana, dignate perdonarle en tu amor infinito.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

O bien:

Padre infinitamente bueno, dueño de la Vida, ven en ayuda de **N.**, que confía en tu misericordia.

R/ Líbralo (-a), Señor, por tu amor.

- De la angustia y del miedo, **R/**
- como tu pueblo esclavo en Egipto, **R/**
- Como Job abrumado por los males **R/**
- Como Daniel en la fosa de los leones, **R/**
- Como los jóvenes en el horno ardiente, **R/**
- Como Pedro y Pablo en la cárcel, **R/**
- Por tu cruz, **R/**
- Por tu muerte y resurrección, **R/**
- De la muerte eterna, **R/**

Se podrá concluir esta intercesión con el Padre nuestro, y luego decir o cantar una antífona mariana como Bajo tu amparo (cf. más arriba), decir un Avemaría o la siguiente antífona:

Alma redemptoris Mater

Madre del Redentor, virgen fecunda,
puerta del cielo siempre abierta, estrella del mar,
ven a librar al pueblo que tropieza y quiere levantarse.
Ante la admiración de cielo y tierra,
engendraste a tu santo Creador,
y permaneces siempre virgen.
Recibe el saludo del ángel Gabriel,
y ten piedad de nosotros, pecadores.

LA REALIDAD DE LA ESPERANZA

Papa Francisco

La esperanza cristiana es la espera de algo que ya se ha cumplido; está la puerta allí, y yo espero llegar a la puerta. ¿Qué tengo que hacer? ¡Caminar hacia la puerta! Estoy seguro de que llegaré a la puerta. Así es la esperanza cristiana: tener la certeza de que yo estoy en camino hacia algo que es, no que yo quiero que sea. Esta es la esperanza cristiana. La esperanza cristiana es la espera de algo que ya ha sido cumplido y que realmente se realizará para cada uno de nosotros.

También nuestra resurrección y la de los seres queridos difuntos, por tanto, no es algo que podrá suceder o no, sino que es una realidad cierta, en cuanto está enraizada en el evento de la resurrección de Cristo. Esperar, por tanto, significa aprender a vivir en la espera. Cuando una mujer se da cuenta de que está embarazada, cada día aprende a vivir en la espera de ver la mirada de ese niño que vendrá. Así también nosotros tenemos que vivir y aprender de estas esperas humanas y vivir la espera de mirar al Señor, de encontrar al Señor. Esto no es fácil, pero se aprende.

Rezar junto a un difunto

Afectados por la partida de un ser querido, somos llamados a estar presentes unos a otros por la oración para mantener la esperanza. Frente a la muerte, seamos de la familia o amigos del difunto, tratamos de hacer todo lo posible para expresar el respeto y afecto debidos al difunto y a sus seres queridos. Es el momento de reunirse para junto a él, ya sea en casa, en el hospital o en cualquier otro lugar. Esta oración común es una acción caritativa que incumbe tanto a los laicos como a los sacerdotes. Nos permite llevar con Cristo el acontecimiento que nos conmueve, y de entrar, antes de los funerales, en un camino de esperanza.

La oración por los difuntos se inscribe en la larga tradición de la Iglesia que, desde su origen, ha proclamado su esperanza y su fe en la resurrección, confiando a Dios a quienes acaban de *dormirse en la muerte*, con la certeza de que *Jesús los llevará con él* (1 Tes 4,13.14).

El rosario

En determinadas circunstancias, algunos preferirán vivir una vigilia en torno al rosario. Para manifestar nuestra fe en la resurrección, la meditación de los misterios gloriosos será adecuada para la oración ante el difunto.

Piénsese en preparar una copa de agua con una rama para bendiga el cuerpo del difunto. No se omite decir el Símbolo de los apóstoles (Credo) antes de la meditación los misterios.

UN GRAN AMOR ME ESPERA

ATRIBUIDO A SAN JUAN DE LA CRUZ

¡Lo que sucede al otro lado, cuando todo para mí sea transferido a la eternidad, no lo sé!

Creo, creo solamente que un gran amor me espera.

Sé, sin embargo, que entonces, pobre y despojado, dejaré que Dios evalúe el peso de mi vida. Pero no pienses que me desespero.

No, creo, creo tan solo que un gran amor me espera.

Ahora que mi hora está próxima, que la voz de la eternidad me invita a cruzar el muro, lo que yo creí, lo creeré más fuerte con el paso de la muerte.

Voy hacia un amor al marcharme, tiendo a su amor los brazos, descendiendo a la vida suavemente. Si muero no lloreis, es un Amor el que me toma serenamente.

¿Qué si tengo miedo? ¡Podría ser! Recordadme a menudo, simplemente, que un amor me espera.

Mi redentor me va a abrir la puerta de la alegría, de su luz.

¡Sí, Padre! Aquí vengo hacia ti como un niño, vengo a arrojarme en tu amor, tu amor que me espera.

Durante este momento difícil, MAGNIFICAT se complace en ofrecer el acceso gratuito a nuestra versión en línea para ayudar a la gente a rezar desde casa.
www.magnificat.com/gratis